



Camila acababa de levantarse, cuando se miró fijamente al espejo.

Entonces vio a una niña mucho más grande de la que fue antes y recordó cuando era pequeña, algunos años atrás, cuando aún no podía hacer muchas cosas sola, porque le era un poquitín difícil...



Su mamá la ayudaba a peinarse, a lavarse las manos, a bañarse, a ir al baño... Camila pensó en toda la paciencia y amor que le entregaba, porque a veces prefería no dejar de jugar.

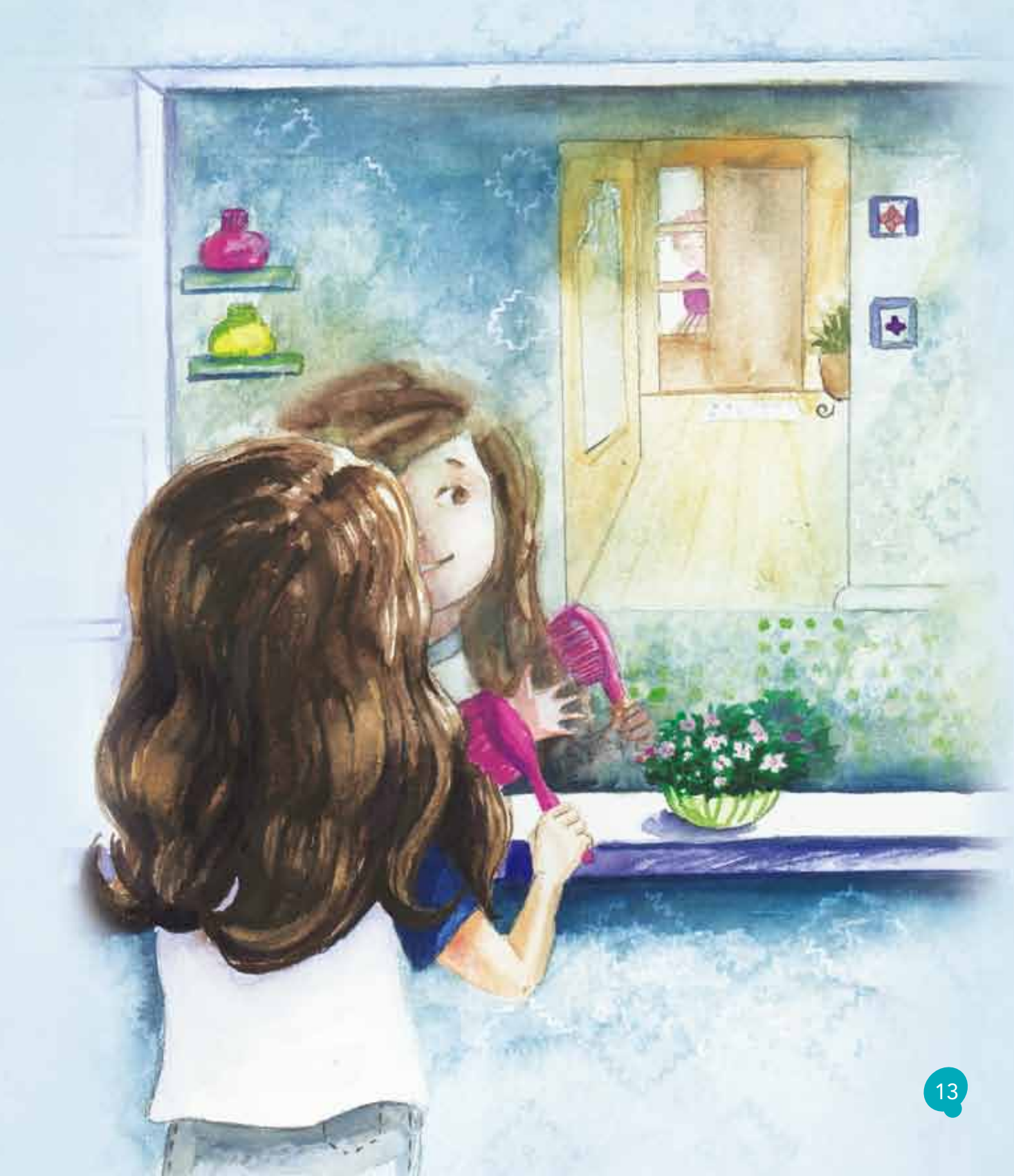
¡Qué importante era que su mamá la atendiera y entendiera así!

Porque, ahora, Camila está segura de que sola ya logra realizar todo lo que le habían enseñado.





Ese día se dirigió muy decidida al lavabo y, al mojarse la cara, percibió una sensación muy agradable. Luego, cuando se escarmenaba su largo y crespo cabello, escuchó el timbre de la casa.





Era Sara, su amiga.

Camila y Sara se querían mucho y... ¡qué bien se la pasaban jugando!

—¡Es Sara, es Sara! —exclamaba Camila, mientras corría muy contenta hacia la puerta, pensando que luego se cepillaría los dientes.



Como siempre,  
Sara llegaba toda desaliñada,  
era una niña que casi  
nunca se aseaba.

¿Qué pasaría con Sara?  
¿Será que nadie  
le había enseñado a asearse?  
O, por el contrario,  
¿tanto le habían recalcado  
que a ella no le gustaba,  
y rebelde se sentía?